Poesía y mito: la recepción de don Quijote en la lírica de la Edad de Plata

Francisco Javier Díez de Revenga*

Partimos, en esta aproximación a don Quijote en la Edad de Plata, de hace exactamente cien años, 1905, cuando España celebraba otro año del *Quijote* como el presente. Y nos aproximamos a la creación de algunos poetas españoles que llevaron la figura del Quijote a sus versos hasta convertirlo en un mito propio y personal. La poesía, presente también en el *Quijote*, en el capítulo 16 de la Segunda Parte, en el recordado diálogo del caballero con don Diego de Miranda ("La poesía, señor hidalgo, a mi parecer, es como una doncella tierna y de poca edad, y en todo extremo hermosa…") acogió, en las primeras décadas del siglo XX, a don Quijote como un selecto objeto de reflexión, que varió, según la ideología y el pensamiento del poeta que a su figura se aproximó, desde Rubén Darío a Unamuno, desde Antonio Machado a León Felipe, como veremos en estas páginas. Y desde éstos, a otros poetas que meditaron en sus prosas y en sus versos sobre don Quijote: Salinas, Cernuda, Dámaso Alonso, Aleixandre, y también Guillén y Gerardo Diego, que, ya en la posguerra, llevaron a sus versos al ingenioso caballero.

En 1905, en Madrid, Rubén Darío publica *Cantos de vida y esperanza*, mientras España conmemora el tercer centenario de la aparición de la Primera Parte del *Quijote*. Ahora estamos en lo mismo: cien años de *Cantos de vida y esperanza*, cuatrocientos del *Quijote*. Y nos interesa volver sobre algunos aspectos del cervantismo de Darío, y de las razones por las que el maestro de la novela universal interesó al gran poeta nicaragüense, qué aspectos de su obra le llamaron más la atención. Naturalmente, 1905 produjo la oportunidad más significativa para la creación por parte de Rubén de su poema cervantino más relevante, la "Letanía de Nuestro Señor don Quijote", uno de los documentos del centenario quijotesco más veces reproducido y citado,

* Universidad de Murcia.

que corre pareja suerte a libros insignes como la *Vida de don Quijote y Sancho* de Unamuno, *La ruta de don Quijote* de Azorín, ambos también de 1905. Luego vendrían las *Meditaciones del Quijote* de Ortega y Gasset y *Don Quijote, Don Juan y La Celestina* de Ramiro de Maeztu, aunque la aportación de Darío es, en verso, la más difundida y comentada. En todo caso, el Quijote homenajeado por Rubén es singular, y se ajusta, como hemos de ver, muy bien a su espíritu en aquellos primeros años del siglo XX, su forma de pensar e incluso su ideología al revelarse en sus estrofas una evidente crítica social y ética frente a lo establecido, frente a la ficción de los homenajes, frente a los engaños. Pero, según queda constancia en la obra literaria de Darío, la afición por Cervantes venía de atrás y era muy anterior a aquel festejado 1905. Cervantes fue un modelo y un guía, y la figura del Quijote objeto de meditación y de reflexión profunda sobre el personaje sacrificado por los demás, "señor de los tristes", modelo y ejemplo de conducta frente a la inautenticidad, frente a la mentira, que se eleva, por encima de lo humano, al territorio de lo heroico y de lo mítico.

En todo caso, el poema más interesante de *Cantos de vida y esperanza* en lo que se refiere al cervantismo de Darío, lo hallamos en la "Letanía de Nuestro Señor don Quijote", excepcional y muy conseguida evocación del hidalgo manchego, nutrida de referencias míticas y sentimentales muy acordes con las manifestaciones anteriores de Darío en relación con Cervantes, pero también muy ajustada al mismo estado de ánimo que venimos señalando y que a la altura de 1905 adquiere relieves de especial intensidad.

Respecto a la historia de este poema, también es muy interesante para conocer la actitud de Rubén en este año crucial. La ha recogido, recopilando todos los datos posibles, José María Martínez en su edición del volumen[1]. Se publicó en la recopilación de las conferencias del acto cervantino organizado por el Ateneo de Madrid el 13 de mayo de 1905, en la revista *El Ateneo*, en un número especial, que gestionan a lo largo de mayo y junio de 1905. Lo que no se sabe bien, porque las informaciones son contradictorias, es quién leyó el poema en aquella ocasión. Al parecer Rubén estaba enfermo y, según una fuente, lo leyó el actor Ricardo Calvo, igual que ocurrió con otro poema de Francisco A. de Icaza, aunque otros aseguran que fue Martínez Sierra el que lo leyó.

La figura del Quijote evocada por Darío en el poema coincide con las anteriores representaciones cervantinas recogidas en su poesía. Heroicidad y tristeza serían los dos elementos que mejor definirían la figura del Quijote, presentes ya en las visiones del propio Cervantes, con el que Darío confunde o funde al mismo Quijote. Ya en la primera estrofa, en la que recupera el yelmo de oro del poema cervantino anterior "coronado de áureo yelmo de ilusión" (pp. 302-304), nos ofrece la figura del ingenioso hidalgo como alguien forjado entre la fantasía y la ilusión incorporando palabras del propio lenguaje cervantino ("por la adarga al brazo, toda fantasía, / y la lanza en ristre, toda corazón"), de manera que en la siguiente será la consideración de héroe la que predomine, por encima de todo lo establecido, una especie de Quijote revolucionario contra esto y aquello, contra la mentira y la verdad ("contra las certezas, contra las conciencias / y contra las leyes y contra las ciencias, /

[1] R. DARÍO, 1995, pp. 461 -64.

contra la mentira, contra la verdad…"). Carácter rupturista y revolucionario que se advierte incluso, en la tercera estrofa, cuando alude de forma muy directa a las posibles celebraciones del centenario, con las que Rubén parece estar poco de acuerdo. Debió de ser muy singular el momento en el que se oyeran estos versos, cuando el mismo Ateneo de Madrid era el que celebraba un acto de homenaje, momento que aprovecha para desear a don Quijote salud: "¡Salud, porque juzgo que hoy muy poca tienes, / entre los aplausos o entre los desdenes, / y entre las coronas y los parabienes / y las tonterías de la multitud!" Y más adelante: "soportas elogios, memorias, discursos, / resistes certámenes, tarjetas, concursos, / y, teniendo a Orfeo, tienes a orfeón!".

Rubén, sin duda, prefiere, como hemos adelantado, al Quijote mítico, comparable a Roldán y envuelto en la fantasía que sugieren los nombres de Clavileño y Pegaso, aunque pronto introduce una veta social y ética muy propia del Darío de esos años, que incluso avisa literalmente cuando asegura que sus letanías están "hechas con las cosas de todos los días / y con otras que en lo misterioso vi".

A partir de la sexta estrofa, Rubén adopta el tono propio de la letanía, y establece el ritmo de las estrofas sexta, séptima y octava sobre la base anafórica del tradicional "ruega por nosotros", que alterna con la versión latina "Pro nobis ora", en el interior de la séptima, para elaborar la imagen de los orantes sobre la base de metáforas consecutivas, para defenderse de malos enemigos ("que ridiculizan el ser de la Mancha, / el ser generoso y el ser español!"). Naturalmente, las tres estrofas vuelven a exaltar la representación mítica del personaje, evocado ahora entre otros dos mitos grandiosos: "¡Tiembla la floresta de laurel del mundo, / y antes que tu hermano vago, Segismundo, / el pálido Hamlet te ofrece una flor!". Para finalizar con una enumeración interminable de carencias, en un alarde imaginativo del mejor Rubén de aquellos años: "pues casi ya estamos sin savia, sin brote, / sin alma, sin vida, sin luz, sin Quijote, / sin piel y sin alas, sin Sancho y sin Dios". Enumeración que se sucederá en las estrofas siguientes, señalando los adversarios, entre los superhombres de Nietzsche y las Academias, rimadas interna y externamente con epidemias y blasfemias, para que no haya duda sobre el valor que le merecen tales instituciones. Severa admonición ética y social coincidente con el pensamiento y la ideología de los últimos poemas integrados en *Cantos de vida y esperanza*, aunque en el caso del Quijote la dimensión heroica y mítica supone su elevación por encima de las miserias humanas.

Desde el punto de vista del esquema de la oración se ha pasado de la letanía "ora pro nobis" al "liberanos, dómine", que es el que articula estructuralmente las estrofas novena y décima, ambas unidas argumentalmente por contener la relación de los enemigos. La invocación más emotiva viene contenida en la estrofa undécima, toda ella exaltación de la figura y con la que se cierra el progreso textual del poema, ya que la duodécima y última será repetición íntegra de la estrofa primera, de manera que cierra de forma circular la composición: "Noble peregrino de los peregrinos, / que santificaste todos los caminos, / con el paso augusto de tu heroicidad, / contra las certezas, contra las conciencias / y contra las leyes y contra las ciencias, / contra la mentira, contra la verdad…".

Según Darío, "la 'Letanía de Nuestro Señor don Quijote' afirma otra vez mi arraigado idealismo, mi pasión por lo elevado y heroico. La figura del ca-

ballero simbólico está coronada de luz y de tristeza. En el poema se intenta la sonrisa del *humour* –como un recuerdo de la portentosa creación cervantina–, mas tras el sonreír está el rostro de la humana tortura ante las realidades que no toman la complexión y el pellejo de Sancho"[2].

En la bibliografía cervantina, sin duda, Miguel de Unamuno ocupa un primerísimo lugar. Su *Vida de don Quijote y Sancho*, de 1905, justamente coincidente con el tercer centenario del *Quijote*, obra pionera entre las reflexiones literarias y filosóficas sobre la singular creación de Cervantes, con quien Unamuno mantendrá a lo largo de toda su vida una relación muy intensa, de intimidad literaria e ideológica, coincidente, como muchas veces glosó hasta en el nombre de pila, Miguel ("Quién como Dios"). A partir de aquel libro, fundamental en la literatura del siglo XX, muchas serían las ocasiones en que Unamuno volviera a ocuparse de don Quijote en artículos, reflexiones, etc. En su poesía, se intensifica la presencia del Quijote, justamente en la que coincide con su destierro, a partir de 1923, y de la dictadura militar a la que acusa de "apedrear al loco de don Quijote", lo que pone de relieve la relación entre su situación personal en ese momento y en tal circunstancia política, y la figura del Quijote. Unamuno, como ha recordado Ana Urrutia Jordana[3], siempre fue de la opinión de que "la nobilísma locura quijotesca de querer que el mundo sea, no como es, sino como creemos que debe ser y queremos que sea, y proceder así con él en una locura que lleva siempre al más grande triunfo". Así lo escribió en un artículo de 1914[4]. Y como advierte Urrutia Jordana, "al destierro se lleva Unamuno, además de la personalidad de España, el espíritu quijotesco, fruto de la pasión. De modo similar a don Quijote, siente el confinado que también pelea solo, que como al noble hidalgo manchego le interesa solo la 'finalidad universal y eterna de sus empresas', y por eso pelea por un ideal, aunque nadie más lo comparta"[5]. Identificación de Unamuno con don Quijote, que pone de manifiesto en un conocido pasaje confesional de *Cómo se hace una novela,* en el que en relación con el apedreamiento de don Quijote por los galeotes a los que había liberado, señala que él mismo será apedreado por los actuales cuadrilleros de la Santa Hermandad "de mi España", como apóstol de la España íntima a la que intenta salvar promulgando el quijotismo, especie de fe en los ideales caballerescos.

Una prueba de la obsesión que Unamuno tenía por la figura de don Quijote la hallamos en su libro *De Fuerteventura a París* (1925), en el que recoge la poesía escrita durante su confinamiento y exilio por la Dictadura de Primo de Rivera. Un tanto enigmática aparece la referencia a don Quijote en un soneto frecuentemente recordado (XVII)[6]:

> Tu evangelio, mi señor don Quijote,
> al pecho de tu pueblo cual venablo
> lancé, y el muy bellaco en el establo
> sigue lamiendo el mango de su azote;

[2] R. DARÍO, 1919, p. 37.
[3] A. URRUTIA JORDANA, 2003, p. 147.
[4] M. de UNAMUNO, "Grandes, negros y caídos", *Los Lunes del Imparcial*, 3 de noviembre de 1914.
[5] A. URRUTIA JORDANA, 2003, p. 147.
[6] M. de UNAMUNO, 1987. En adelante indicamos entre paréntesis el número del poema, tal y como figura en todas las ediciones, para facilitar su localización.

y pues que en él no hay de tu seso un brote,
me vuelvo a los gentiles y les hablo
tus hazañas, haciendo de San Pablo
de tu fe, ya que así me toca en lote.

He de salvar el alma de mi España,
empeñada en hundirse en el abismo
con su barca, pues toma por cucaña

lo que es maste, y llevando tu bautismo
de burlas de pasión a gente extrañal,
forjaré universal el quijotismo.

Naturalmente, tal actitud de Unamuno, la consideración del *Quijote* como un Evangelio proceden de su *Vida de don Quijote y Sancho*, en la que queda patente el simbolismo de don Quijote y la relación como guía espiritual con el propio Unamuno, que predicador de la buena nueva se desdoblará él mismo en don Quijote, símbolo de la desilusión. Por eso las referencias a Cervantes, como creador de don Quijote, son constantes, pero quizá la más destacada es aquella en la que lo designa hermano (en la desilusión) (XXIX): "Mira, hermano Cervantes, no te asombre / que el nombre que hemos hecho honor y gloria / de la patria común, el que en la historia / nos une ya con lazos de renombre. // ¿Quién como Dios? –sea también el nombre…". Como anota Suárez Miramón, "Para entender todo el valor afectivo de las citas de Cervantes en *De Fuerteventura*, que culminan aquí con el calificativo de "hermano", es preciso recordar la trayectoria Unamuno-Cervantes a través de sus obras, de las que se puede extraer esta conclusión: la identificación, cada vez mayor, de Unamuno con el personaje don Quijote en quien Cervantes proyectó su desilusión haciéndole soñar con un mundo no material porque el natural 'no es como debe ser'. Por eso aquí Unamuno se siente hermanado en la desilusión con el autor del *Quijote*"[7].

España, Castilla, Gredos y don Quijote serán símbolos vivos de su dolor por este país. Como señala Ana Suárez Miramón, "a pesar de su constante alusión a España y a su dolor por España (me suele doler España como si fuese parte de mí, siéndolo yo de Ella) el tema se diluye en otros mitos que encarnan la filosofía española, sobre todo don Quijote y Segismundo, y con estos y la representación de Castilla, símbolo de España, viene a tener este tema un contenido espiritual que, tras el destierro, adquiere proporciones religiosas"[8] (LXXXVII):

No consigo soñar, vil pesadilla
–dicen la realidad–, me mata el sueño;
mi Dios, el de mi España, frunce el ceño;
se nubla el sol que sobre Gredos brilla.

¡Y fue mi historia sueño! ¡Ancha es Castilla!
Soñé, cual don Quijote, al pie del leño
de encina en flor, bajó dulce beleño
por las noches a mi alma en maravilla.

[7] A. SUÁREZ MIRAMÓN, 1987, vol. II, p. 353.
[8] A. SUÁREZ MIRAMÓN, 1987, vol. II, p. 21.

¡Miel luminosa en temblador rocío
gotean por la noche las estrellas
desde el camino de Santiago, río

que en nuestro cielo va lavando huellas
del Romancero; plañen las querellas
de Alfonso Diez, el que soñó sin brío!

Y el comentario de Unamuno: "Sobre la flor de la encina, la llamada candela, he escrito alguna vez. No puedo representarme a don Quijote sino al pie de una encina, con las bellotas en la mano. Del corazón de la encina hacen en tierra de charros dulzainas. ¡Corazón melodioso!".

El tema de España es fundamental en relación con don Quijote y con el momento que vive el país en plena dictadura militar. Con un texto de Antonio Machado encabeza Unamuno otro soneto: "Un trozo de planeta por el que cruza errante la sombra de Caín…" (LXXXIX): "¡Ay, triste España de Caín, la roja / de sangre hermana y por la bilis gualda, / muerdes porque no comes, y en la espalda / llevas carga de siglos de congoja!". Y que finaliza con un terceto muchas veces recordado por su relación directa con el Directorio militar en el poder: "Gobierno de alpargata y de capote, / timba, charada, a fin de mes el sueldo, / y apedrear al loco don Quijote." Apedreamiento, antes recordado, de carácter literario, pero también simbólico y real, en atención a las circunstancias que rodean al desterrado (XVII): "Mañana –lo sé ayer– / don Quijote, mi señor, / me apedrearán los galeotes, / ¡sea todo por tu amor! / No me importa qué vendrá, / sino la miseria de hoy, / de los viles cuadrilleros / de la vieja Inquisición. / Es justicia libertad; / no el rencoroso perdón / de tiranuelos de campo / deshonrados con honor".

El *Cancionero* de Unamuno, escrito entre 1928 y 1936, y considerado un *Diario poético*, tal es su subtítulo, es obra fundamental en el panorama de la poesía española del siglo XX por su extraordinaria originalidad, por lo monumental de su contenido, y por representar el pensamiento de Unamuno en aquellos últimos años de su vida, de vuelta ya de muchas cosas, cuando el poeta se convierte en el pensador sincero que, sin ataduras ni alambiques, ofrece su más personal visión del mundo. El *Cancionero*, que permaneció inédito en vida de Unamuno, constituye una obra personal y literaria de gran calidad. Lo componen casi más de mil setecientos poemas de extensión, métrica, forma, estructuras y motivos muy diversos, y formaliza una especie de autobiografía literaria. Iniciado en los años de su oposición solitaria y quijotesca al dictador Primo de Rivera y de su destierro, muchos de sus poemas nos muestran a Unamuno desdoblado en un monólogo de su yo personal y de su yo poético, en los que residen algunos de los mitos y referencias más singulares de su personalidad: Quevedo, don Quijote, Segismundo…

Y es que, en efecto, don Quijote se convierte en una de las referencias más reiteradas a lo largo de estos cientos de poemas como manifestación de su identidad personal con el desilusionado personaje, caballeresco pero al mismo tiempo depreciado por los demás. Como señala Ana Suárez Miramón, vemos "la referencia constante a escritores del pasado español que como él, deseosos de manifestar la verdad y construir una patria de ilusión, esfuerzo y cultura, sufrieron el castigo de la cárcel y el destierro. En este senti-

do destaca el valor de Cervantes con don Quijote y el de Quevedo. Con ellos trata de devolver a España de su destierro"[9]. Pero va aún más allá. Don Quijote no es una mera referencia literaria, sino todo un símbolo de España ante una sociedad adversa, que no comprende los ideales que encarna el personaje creado por Cervantes, España en la que Unamuno se ve inmerso y sufre directamente; "Don Quijote, símbolo de la España capaz de ilusionarse con un ideal, es el personaje más citado del *Cancionero*", *ha señalado Suárez* Miramón; "Representa con Segismundo, su hermano, el sueño de la vida, y el sueño, por tanto, de España. Por este doble sueño, Unamuno se identifica con él y se siente igualmente un solitario en la sociedad que lucha infructuosamente por sus ideales. Nuevo don Quijote de la universalidad, Unamuno eleva estas categorías de hombre y español a universales hasta identificar a don Quijote con Cristo y por tanto (como ya había apuntado en el prólogo) consigo mismo. Así su dimensión de poeta (forjador de ilusiones), profeta (develador de la verdad de la vida) y mito (símbolo universal del nuevo quijotismo en su actualidad de rebeldía política ante Primo de Rivera) adquiere un valor trascendente. Queda así justificada, ante sí mismo y ante la sociedad, su postura de desterrado"[10].

Y, en efecto, son muchos los poemas en los que aparecen referencias al Quijote, relacionadas con la actualidad, sobre todo en los poemas coincidentes cronológicamente con el destierro. Así, el 27 de marzo de 1928, frente a la acción y a la pasión, frente a la nadería de los filósofos, propone: "Dejaré a esos serviles, mentecatos, / que prediquen la acción, el tío vivo, / y aquí, a quijotear, que don Quijote / no fue un puro doctor en quijotismo". Mientras que el 28 de junio de 1928, son los personajes antagonistas de tres mitos literarios, los que revelan también su particular locura: "Sancho, Ciutti y Viernes, gobernadores, / han metido a los pueblos en razón, / si no se acaba el mundo en la locura: / don Quijote, don Juan y Robinson".

Un poema muy interesante es el escrito el 29 de junio de 1928, que comienza "¡Ay qué molino de viento / don Quijote de la Mancha / el que en mi Fuerteventura / que molió el golfo del alma" (248), en el que la figura del Quijote aparece una vez más como símbolo de su destierro, y del espíritu quijotesco con el que enfrentó su vida en aquellos años, que se relaciona, indudablemente con otro, escrito entre 19 y 20 de julio de 1928: "En un lugar de la Mancha / perdiste, Castilla, el seso; / te lo sorbió el sol desnudo / que te quería con celos". En el poema se alude a las burlas sufridas por el caballero: "Te viste burla de grandes / y de chicos majaderos. / Sólo te cantaban gozos / por los montes los cabreros". Mientras que la ilusión permanece: "Volaste al cielo vendada / en alas de Clavileño; eran tu cielo los páramos, / cuna del divino ensueño". Aunque al final todo acabe por los suelos. "Y en Barcelona mediste / con tu corazón el suelo; / la mar susurraba endechas / de otro nuevo romancero" (297). El 9 de octubre, un sentido romance pone en relación vida, sueño, ilusión, engaño, ho-

[9] A. Suárez MIRAMÓN, 1987, vol. III, p. 28.
[10] A. Suárez MIRAMÓN, 1987, vol. III, pp. 28-29.

nor y España, con la imagen de don Quijote como símbolo de esa España perdida (446):

Yo sé quién soy, don Quijote,
gracias a ti, mi señor,
y sé quién es nuestra España
gracias al divino amor.

Salía el sol por la Mancha
cuando saliste a la flor
de tus hazañas de ensueño
dándole al cielo esplendor.

Espejo del alma andante,
caballero del error,
erraste por los embustes
del protervo encantador.

No es sólo sueño la vida,
que es engaño, y el honor
es conquistar lo soñado
¡con sueño reparador!

Leemos en la inmortal novela cervantina: "Yo sé quién soy –respondió don Quijote–, y sé que puedo ser, no sólo los que he dicho, sino todos los doce Pares de Francia, y aun todos los Nueve de la Fama, pues a todas las hazañas que ellos todos juntos y cada uno por sí hicieron se aventajarán las mías" (I, 5). Con un mismo inicio, "Yo sé quien soy, fe de hidalgo", otro poema, este con título ("La última querella de don Quijote") escrito el 8 de noviembre de 1928, pone en relación la ilusión con la verdad, mientras que se produce la identificación total con el caballero cuerdo ("¡Ay, tú, mi Alonso Quijano!, / mi recuerdo soberano / tú, mi mejor yo"), aunque la oración, la querella, se cierra con la confesión de la misma tristeza, recordada en el Caballero de la Triste Figura y evocada en el reflejo de la vida como sueño ("mira que mi alma está triste, / triste hasta morir / triste como mi figura, / mi aventura es desventura, / sueño de vivir") (488).

No suele recordarse, entre los poetas que llevaron a sus versos a don Quijote, a Antonio Machado. Pero hay que decir que es autor de uno de los poemas más entrañables y hermosos de todo el quijotismo militante, que recoge en sus versos el mundo de la novela cervantina, sus personajes más recordados, sus pueblos, sus ambientes, todo para evocar en cuadro muy fino y recreador a "La mujer manchega", que es como se titula el poema, perteneciente a *Campos de Castilla*. El poema, aparecido en *España*, en 1915, iba precedido de una dedicatoria, "A Dulcinea" y, como señalamos, evoca lugares y personajes cervantinos como Argamasilla de Alba, en cuya cárcel pudo escribir o concebir Cervantes el *Quijote*; Valdepeñas, que se disputa el honor con otros pueblos de ser "un lugar de la Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme" (I, 1); Esquivias, lugar de nacimiento de la "novia" de Cervantes, doña Catalina de Salazar Palacios; la sobrina de don Quijote, Ana Quijano, o la mujer de don Diego de Miranda, el Caballero del Verde Gabán, doña Cristina, o Teresa Cascajo o Teresa Panza, la mujer de Sancho…

Machado, por otro lado, fue un magnífico lector del *Quijote*, y escribió sobre él palabras que no se han olvidado, a pesar de figurar en una reseña de las *Meditaciones del Quijote* de don José Ortega y Gasset:

> Para mí, el Quijote es, en primer término, un libro español; en segundo término, un problema apenas planteado o, si queréis, un misterio. Fue Cervantes, ante todo, un gran pescador de lenguaje, de lenguaje vivo, hablado y escrito; a grandes redadas aprisionó Cervantes enorme cantidad de lengua hecha, es decir, que contenía ya una expresión acabada de la mentalidad de un pueblo. El material con que Cervantes trabaja, el elemento simple de su obra, no es el vocablo, sino el refrán, el proverbio, la frase hecha, el donaire, la anécdota, el modismo, el lugar corriente, la lengua popular, en suma, incluyendo en ella la cultura media de Universidades y Seminarios. Con dificultad encontraréis en el *Quijote* una ocurrencia original, un pensamiento que lleve la mella del alma de su autor. A primera vista parece que Cervantes se ahorra el trabajo de pensar. Deja que la lengua de los arrieros y de los bachilleres, de los pastores y de los soldados, de los golillas, de los buhoneros y vagabundos piensen por él. Desde este punto de vista, el *Quijote* viene a ser como la enciclopedia del sentido común español, contenida en la lengua española de principios del siglo XVII. No es la cazurrería de Sancho ni la locura de don Quijote lo que nos asombra y abruma en la lectura del libro inmortal, sino la estupenda discreción de ambos"[11].

"La mujer manchega" recoge, como decimos todo ese espíritu quijotesco en plenitud[12]:

> La Mancha y sus mujeres… Argamasilla, Infantes,
> Esquivias, Valdepeñas, la novia de Cervantes,
> y del manchego heroico, el ama y la sobrina
> (el patio, la alacena, la cueva y la cocina,
> la rueca y la costura, la cuna y la pitanza),
> la esposa de don Diego y la mujer de Panza,
> la hija del ventero, y tantas como están
> bajo la tierra, y tantas que son y que serán
> encanto de manchegos y madres de españoles
> por tierras de lagares, molinos y arreboles.
>
> Es la mujer manchega garrida y bien plantada,
> muy sobre sí doncella, perfecta de casada.
>
> El sol de la caliente llanura vinariega
> quemó su piel, mas guarda frescura de bodega
> su corazón. Devota, sabe rezar con fe
> para que Dios nos libre de cuanto no se ve.
> Su obra es la casa –menos celada que en Sevilla,
> más gineceo y menos castillo que en Castilla–.
> Y es del hogar manchego la musa ordenadora;
> alinea los vasares, los lienzos alcanfora;
> las cuentas de la plaza anota en su diario,
> cuenta garbanzos, cuenta las cuentas del rosario.
>
> ¿Hay más? Por estos campos hubo un amor de fuego,
> dos ojos abrasaron un corazón manchego.

[11] A. MACHADO, 1915, pp. 52-64; 1986, vol. III, p. 1565.
[12] A. MACHADO, 1986, vol. II, pp. 565-66.

¿No tuvo en esta Mancha su cuna Dulcinea?
¿No es el Toboso patria de la mujer idea
del corazón, engendro e imán de corazones,
a quien varón no impregna y aun parirá varones?

Por esta Mancha –prados, viñedos y molinos–
que so el igual del cielo iguala sus caminos,
de cepas arrugadas en el tostado suelo
y mustios pastos como raído terciopelo:
por este seco llano de sol y lejanía,
en donde el ojo alcanza su pleno mediodía
(un diminuto bando de pájaros puntea
el índigo del cielo sobre la blanca aldea,
y allá se yergue un soto de verdes alamillos,
tras leguas y más leguas de campos amarillos),
por esta tierra, lejos del mar y la montaña,
el ancho reverbero del claro sol de España,
anduvo un pobre hidalgo ciego de amor un día
–amor nublóle el juicio: su corazón veía–.

Y tú, la cerca y lejos, por el inmenso llano
eterna compañera y estrella de Quijano,
lozana labradora fincada en tus terrones
–oh madre de manchegos y numen de visiones–,
viviste, buena Aldonza, tu vida verdadera
cuando tu amante erguía su lanza justiciera,
y en tu casona blanca ahechando el rubio trigo.

Aquel amor de fuego era por ti y contigo.

Mujeres de la Mancha con el sagrado mote
de Dulcinea, os salve la gloria de Quijote.

Es León Felipe un poeta muchas veces olvidado, bastantes más mal comprendido, y desde luego un gran desconocido para los lectores de poesía de nuestros días. Quizá su personal situación errante y vagabunda, de caminante y peregrino a lo largo de toda su vida, determinó la suerte de su obra. Nacido en una fecha intermedia entre las dos grandes generaciones de escritores del primer tercio del siglo XX, contemporáneo de Juan Ramón Jiménez, quien despreció su poesía, viajero por todo el mundo en los años en que dio a conocer sus primeras obras, quedó fuera de muchos de los cánones establecidos, aunque Gerardo Diego lo incluyó en su famosa antología de 1934, en la segunda edición, ya que fue amigo personal suyo, de la época en que Felipe era farmacéutico en Santander.

La producción literaria de León Felipe se inicia con *Versos y oraciones de caminante I* (1920-1929), obra poética en la que revela la obsesión por su condición de peregrino sin un lugar fijo donde arraigar, que reiterará en *Versos y oraciones de caminante II* (1929) y en *Drop a Star* (1933), en el que junto al sentido metafísico de la inestabilidad surge el componente del azar, de la suerte y del destino que le conducirá por derroteros errantes. Al estallar la Guerra Civil, su poesía acoge el compromiso de la defensa de las injusticias, reflejado en sus obras inmediatas como *La insignia* (1936), *El payaso de las bofetadas* (1938), *Pescador de caña* (1938) o *El hacha* (1939). En su época del exilio, se convertirá en una de las voces más airadas entre los desterrados, y sus versos clamarán contra la opresión y la tiranía en *Español del éxodo y del llanto* (1939) y en *El gran responsable* (1940). Profundizará en los libros siguientes

en la búsqueda de su propio destino personal y en la intensidad metafísica de sus planteamientos, sobre todo en el poemario *Ganarás la luz* (1943), pero también en *Llamadme publicano* (1950) o en *El ciervo* (1954). Tras dar por concluida su obra, en 1965, todavía aparecerán dos libros poéticos sorprendentes: *Oh, este viejo y solo violín* (1968) y *Rocinante* (1969), publicado tras su muerte. La figura del Quijote surge aquí no como el hidalgo aventurero sino como la víctima de la incomprensión y del desaliento español.

Desde luego, entre las figuras más destacables de la poesía española de la Edad de Plata, León Felipe es, sin duda, el que mayor fidelidad mostró a lo largo de su obra poética hacia la figura de don Quijote, que habría de convertirse no ya en un símbolo, sino en toda una compleja alegoría de España a través de numerosos poemas, algunos de extensión muy considerable, e incluso a través de libros completos. El primer poema en el que aparece la figura de don Quijote pertenece a su primer libro de *Versos y oraciones de caminante*, que con el título "Vencidos" presenta la figura del caballero derrotado con la que León Felipe se siente indisolublemente unido, en el mismo sentido del desamparo y de la derrota ante la injusticia y ante el poder[13]:

Por la manchega llanura
se vuelve a ver la figura
de don Quijote pasar…

Y ahora ociosa y abollada va en el rucio la armadura,
y va ocioso el caballero, sin peto y sin espaldar…
va cargado de amargura…
que allá encontró sepultura
su amoroso batallar…
va cargado de amargura…
que allá "quedó su ventura"
en la playa de Barcino, frente al mar…

Por la manchega llanura
se vuelve a ver la figura
de don Quijote pasar…
va cargado de amargura…
va, vencido, el caballero de retorno a su lugar.

Cuántas veces, don Quijote, por esa misma llanura
en horas de desaliento así te miro pasar…
y cuántas veces te grito: Hazme un sitio en tu montura
y llévame a tu lugar;
hazme un sitio en tu montura,
caballero derrotado,
hazme un sitio en tu montura,
que yo también voy cargado
de amargura
y no puedo batallar.
Ponme a la grupa contigo,
caballero del honor,
ponme a la grupa contigo
y llévame a ser contigo
pastor.

[13] L. Felipe, 2004, p. 88.

Por la manchega llanura
se vuelve a ver la figura
de don Quijote pasar…

Se trata de un primer encuentro entre el caballero derrotado y el poeta abatido por la desventura que se unen en el mismo sentimiento de desolación, coincidente en León Felipe con una etapa personal tan adversa como contradictoria. Pero las grandes representaciones en que don Quijote se convertiría en un mito estaban aún lejos, ya que en este poema inicial León Felipe se aproxima más a la interpretación de los escritores de la generación inmediatamente a la suya (Unamuno, Azorín, Maeztu, Ortega), y así, también en *Versos y oraciones de caminante*, en el conocido poema "Romero solo" recogerá los siguientes versos: "Un día todos sabemos hacer justicia; / también como el rey hebreo, / la hizo / Sancho el escudero / y el villano / Pedro Crespo…". La relación del mundo quijotesco con la justicia supone un antecedente de los grandes poemas de León Felipe de tema cervantino, aunque también el error, representado por don Quijote, y coincidente con Unamuno, será objeto en su primer libro de un breve poema: "Ahora me sucede / lo contrario que al hidalgo manchego: / que tomo por rebaños / los ejércitos".

En *Versos y oraciones de caminante II* representa a la figura de Sancho Panza, ya camino también de su mitificación, en otro poema muy celebrado de León Felipe, "Pie para el Niño de Vallecas, de Velázquez", que aparece precedido de un epígrafe: "Bacía, Yelmo, Halo, / Este es el orden, Sancho". El poeta recupera en el poema los símbolos quijotescos[14]: "Se vuelve siempre. Siempre. / Hasta que un día (¡un buen día!) / el yelmo de Mambrino / –halo ya, no yelmo ni bacía– se acomode a las sienes de Sancho / y a las tuyas y a las mías / como pintiparado / como hecho a la medida. / Entonces nos iremos. Todos / por las bambalinas: / Tú y yo y Sancho y el niño de Vallecas / y el místico y el suicida".

Habrían de pasar algunos años para llegar al mito en la poesía de León Felipe. Como ha señalado Miguel Nieto Nuño, "al poema del 'Pie para el Niño de Vallecas, de Velázquez', sólo le faltaba la acción para ser gesta heroica. León Felipe llamó entonces al sueño a que había sido arrojado don Quijote en la novela de Cervantes, despertó al caballero y le hizo poner sus armas en el escudo de la historia. El mito estaba enteramente forjado, pues que a su sola invocación convocaba e impulsaba a cuantos querían y no sabían emplearse en la causa de la luz; y era así porque mostraba las esencias de quien participaba en la misma sangre de su símbolo"[15].

Don Quijote traspasa la obra de León Felipe como un desheredado, solitario, sin patria, luchando por la libertad y por la justicia a través de los campos mesetarios de la Mancha. Pero en los dos últimos libros, junto a don Quijote aparecen otras figuras de la gran novela que conforman símbolos complementarios para construir el gran mito lleno de complejidad. Así ocurrirá con Sancho Panza, y así ocurrirá con Rocinante. La nueva conformación del mito se estrena ya en el poema que abre *¡Oh, este viejo y roto violín!*, en el que hallamos al caballero manchego en su regreso a su territorio para vivir, como

[14] L. Felipe, 2004, pp. 144-45.
[15] M. Nieto Nuño, 1986, p. 109.

indica el título del poema, "La gran aventura": "Han transcurrido cuatro siglos… / Y viene muy cansado Rocinante. / Años y años a oscuras y sangrientas aventuras… / Y andar y andar por los ásperos y torcidos caminos de la Historia"[16]. Para continuar con la conocida estampa de los dos personajes cervantinos en la llanura manchega, ahora entrevistos a una nueva luz[17]: "Y vienen los dos, / caballero y escudero, / callada / lentamente / en sus cabalgaduras humildes y gloriosas… / por la abierta y encendida meseta de Castilla. / ¡Bajo su luz alucinante! / ¡Oh, esa luz! / ¡No es una luz propicia para la gran metáfora poética, / los grandes milagros y el asombro!".

El poeta, desde su posición radical, recupera el significado y la representación del quijotismo español, pero en él todo es distinto: la inquietante imagen del Caballero de la Triste Figura, manejada literariamente por los escritores de principios de siglo, recibe en León Felipe un tratamiento nuevo: no halla en don Quijote al caballero enojado y alucinado, seguro de sí mismo, dispuesto a arremeter contra todo el que le lleve la contraria, sino al ingenioso hidalgo capaz de dialogar con Sancho Panza sobre la paloma que le conducirá a Jesús en el Jordán. Así, en el "Diálogo perdido (entre don Quijote y Sancho)"[18]:

–Todos andan buscando, Sancho, una paloma por el mundo y nadie la encuentra.
–Pero ¿qué paloma es la que buscan?
–Es una paloma blanca que lleva en el pico
el último rayo amoroso de luz
que queda ya sobre la tierra.
–Como la golondrina de Tristán.
–Eso, como la golondrina de Tristán. Bien te acuerdas, Sancho.
Aquel cabello dorado de Isolda
que dejó caer la golondrina sobre el hombro cansado del Rey
era el rayo de amor que andaba buscando el hombre sobre la tierra
Pero no es esto…
Hay otra definición;
te lo explicaré mejor:
esa paloma que andan buscando
es aquella que una vez se le posó en la cabeza
a un pobre Nazareno en el Jordán;
aquello sí fue un buen juego de prestidigitación:
un hombre sencillo entra a bañarse en el Jordán,
se le posa una paloma blanca sobre la cabeza
y sale de las aguas…
convertido en el hijo de la Luz…
en el hijo de Dios…
en el hijo del Hombre…
Y aquel juego se hizo sin trucos y sin trampas…
por eso fue un gran milagro.
¡¡El gran milagro del mundo!!
Desde entonces
el Hombre vale más…

[16] L. Felipe, 2004, p. 733.
[17] L. Felipe, 2004, p 733.
[18] L. Felipe, 2004, pp. 788-89.

> Y desde entonces todos andan buscando esa paloma para que se haga otra vez el Milagro…
> ¡y el Hombre valga más!

Y, del mismo modo, Rocinante adquiere, el valor de ser protagonista de todo un libro y representación del propio poeta. Rocinante ya surge como símbolo en el poema "La gran aventura"[19] ("Y a ti también te saludo, Rocinante… / Oh viejo caballo sin estirpe. / No tienes pedigree… / Pero tu gloria es superior a la de todos los 'pura sangre' del mundo. / Tu estirpe, como quería tu señor, / arranca de ti mismo"). Y de la visión del caballo en *Oh, este viejo y roto violín*, se pasa a todo un libro, *Rocinante*, en el que se transita del símbolo al mito. Como señala Miguel Nieto Nuño:

> en el fuego quijotesco que impulsara el verso de León Felipe, sentíase el poeta sin pueblo ni patria como el caballero que hubiera perdido su montura. Pero las perspectivas variaron con *Rocinante*, el último libro de León Felipe. Don Quijote había alcanzado la transfiguración del mito en el poema anterior de "La gran aventura", se había encaramado en una región donde ya no podía seguirle el poeta. Quedaba la humilde cabalgadura aquí, en la tierra que suspira por la luz; quedaba el pueblo español, y quedaba el poeta que debía sostener al héroe en su altura; la identificación de León Felipe se vuelve hacia Rocinante[20].

Y así se recoge en unos versos del libro póstumo esclarecedores y definitivos[21]: "La gente suele decir, / los americanos, / los norte-americanos suelen decir: / León Felipe es un 'don Quijote'. / No tanto, gentlemen, no tanto. / Sostengo al héroe nada más … / y sí, puedo decir … / y me gusta decir: / que yo soy Rocinante".

Visiones diferentes de cuatro grandes poetas ante una creación eterna, la de Don Quijote, que vemos transitar, a través de estos ejemplos, desde la poesía al mito.

BIBLIOGRAFÍA

DARÍO, R., *Azul… Cantos de vida y esperanza*, ed. José María Martínez, Madrid, Cátedra, 1995.

– *El viaje a Nicaragua* e *Historia de mis libros*, Madrid, Mundo Latino, 1919.

FELIPE, L., *Poesías completas*, ed. José Paulino, Madrid, Visor, 2004.

MACHADO, A., "Las *Meditaciones del Quijote* de José Ortega y Gasset", *La Lectura*, 169, enero 1915, pp. 52-64.

– *Obras completas*, ed. Oreste Macrí, Madrid, Espasa Calpe, 1988.

NIETO NUÑO, M., *Memoria de tierra y luz. Castilla-La Mancha en la vida y en la obra de León Felipe*, *Homenaje de Castilla-La Mancha a León Felipe,* Toledo, Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, 1986.

SUÁREZ MIRAMÓN, A., ed. de Miguel de Unamuno, *Poesía completa*, Madrid, Alianza, 1987.

UNAMUNO, M. de, *Poesía completa*, ed. Ana Suárez Miramón, Madrid, Alianza, 1987.

– "Grandes, negros y caídos", *Los Lunes del Imparcial*, 3 de noviembre de 1914.

URRUTIA JORDANA, A., *La poetización de la política en el Unamuno exiliado. De Fuerteventura a Paris* y *Romancero del destierro*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 2003.

[19] L. FELIPE, 2004, p. 733.
[20] M. NIETO NUÑO, 1986, p. 119.
[21] L. FELIPE, p. 940.